

MATHIAS ENARD

EL BANQUETE ANUAL DE LA COFRADÍA DE SEPULTUREROS



Para trabajar en su tesis doctoral sobre la vida en el campo hoy día, el etnógrafo David Mazon ha dejado París para instalarse durante un año en un remoto pueblo rodeado de marismas en la costa oeste de Francia. Mientras supera las incomodidades del mundo rural, David establece contacto con los pintorescos lugareños que frecuentan el café-colmado para entrevistarles. Los encabeza Martial, el alcalde enterrador, y el anfitrión del tradicional banquete de los miembros de la Cofradía de Sepultureros. En este festín pantagruélico donde vinos y manjares van de la mano de leyendas, canciones y disputas sobre el futuro del oficio funerario, la Muerte les ofrece curiosamente tres días de tregua. El resto del año, cuando la Parca se apodera de alguien, la Rueda de la Vida lanza su alma de nuevo al mundo, a un tiempo futuro o pasado, como animal o como ser humano, para que la Rueda continúe girando.

En esta esplendorosa y poliforme novela, que combina en la misma medida grandes dosis de humor y la ya conocida erudición del autor, Mathias Enard exhuma el pasado turbulento y los tesoros de su Francia natal recorriendo el último milenio de su historia, pero sin perder de vista los miedos contemporáneos y con la esperanza de un mañana en el que el ser humano esté en armonía con el planeta.

Índice de contenido

I. El Pensamiento Salvaje

CANCIÓN: *En las escaleras de Palacio*

II. El dedo del ahorcado

CANCIÓN: *Valiente marino vuelve de la guerra*

III. *And we shall play a game of cards...*

CANCIÓN: *En las prisiones de Nantes*

IV. El banquete anual de la Cofradía de Sepultureros

CANCIÓN: *El planto de san Nicolás*

V. *Gallia est omnis divisa in partes tres*

CANCIÓN: *En la clara fontana*

VI. Pélagie lee el futuro en la piel de los cerezos

CANCIÓN: *Jean Petit cuando baila, Jean Petit cuando baila*

VII. Los amantes de Verona

Aclaraciones

Notas



A los pensadores salvajes

En nuestras existencias pasadas todos
hemos sido tierra, piedra, rocío, viento,
agua, fuego, musgo, árbol, insecto,
pez, tortuga, pájaro y mamífero.

THICH NHAT HANH, citando a Buda

I

EL PENSAMIENTO SALVAJE

Adondequiera que uno se vuelva, se ve la ciudad de Libourne.

ONÉSIME RECLUS, *Le Partage du monde*

11 de diciembre

He decidido llamar a este lugar *El Pensamiento Salvaje*, por supuesto.

Llegué hace dos horas. Todavía no sé qué voy a escribir en este diario, pero bueno, impresiones y notas que constituirán un material importante para mi tesis. Mi carné de etnógrafo. Mi diario de campo. He tomado un taxi desde la estación de Niort (dirección: norte-noroeste, quince kilómetros, una fortuna). Por la derecha de la comarcal paisajes de llanura, campos interminables, sin cercas, no demasiado alegres al caer la noche. Por la izquierda bordeábamos la sombra negra de las marismas, o al menos eso me ha parecido. Al taxista le ha costado encontrar la dirección, incluso con el GPS. (Coordenadas del Pensamiento Salvaje: 46° 25' 25.4" norte 0° 31' 29.3" oeste.) Al final se ha metido en el patio de una granja, un perro se ha puesto a ladrar, habíamos llegado. La propietaria (sesenta años, sonriente) se llama Mathilde. He tomado posesión de mis aposentos. En realidad mi casa (¿mi apartamento?) es la parte trasera del edificio principal, en la planta baja. Las ventanas dan al jardín y al huerto. A mano derecha tengo vistas a la iglesia, a mano izquierda a un campo (no sé qué es lo que crece en él, ¿alfalfa? A menudo he tenido la impresión de que todos

los campos bajos y verdes eran campos de alfalfa), y enfrente a hileras de lo que sospecho son rábanos o coles. Un dormitorio, una sala de estar, un baño y eso es todo, pero ya es mucho. Mi primera impresión cuando la señora Mathilde me ha dicho Y bah, aquí tiene, esta es su casa, ha sido agrídulce. Feliz de hallarme en el campo y, al mismo tiempo, un poquito angustiado. Con la excusa del artículo para *Estudios y perspectivas*, me he abalanzado sobre el ordenador para comprobar el wifi. Una forma como cualquier otra de engañarme a mí mismo, no había nada urgente. He enviado algunos mensajes y he chateado con Lara, ya está. Me he acostado temprano, he leído algunas páginas de Malinowski y, ya sumido en la oscuridad, he estado atento al entorno sonoro. Un leve ruido de motor a lo lejos (¿la caldera?), de vez en cuando un coche aún más lejano. Luego me he dormido con el estómago vacío.

Tengo que resolver lo antes posible el problema del transporte y comprar algo de comer.

12 de diciembre

Primer día de adaptación a mi nuevo terreno. La Pierre-Saint-Christophe está en medio de un triángulo cuyos vértices son Saint-Maxire, Villiers-en-Plaine y Faye-sur-Ardin. Nombres todos ellos miríficos que conforman mi Nuevo Mundo. Quince kilómetros de Niort, diez de Coulonges-sur-l'Autize.

He salido del Pensamiento Salvaje a eso de las diez, tras advertir que no estaba solo en mis aposentos de etnógrafo: la fauna es abundante. Sin duda, el sapo se ve atraído por los numerosos insectos y los gatos por el sapo. En el baño, precisamente entre la ducha y el sanitario, he descubierto una colonia de gusanos rojos, o mejor dicho de filamentos vivientes de color rojo que parecen gusanos. Si no los pisas

son muy bonitos. Se desplazan tranquilamente hacia la puerta, así que antes de lavarse hay que apartarlos hacia el desagüe con un chorro de agua. He sabido manejar mi asco sin problemas, y eso, de cara a mi capacidad para afrontar las dificultades del trabajo de campo, me tranquiliza. A fin de cuentas, hasta Malinowski señala que los principales obstáculos de la etnología son los insectos y los reptiles. (Puesto que nadie va a leer este diario, puedo admitir que tener gusanos en el cuarto de baño me ha parecido bastante inmundito y que he tardado un cuarto de hora en atreverme a meterme en la ducha.) También hay un buen montón de caracoles enanos, pero son bastante inofensivos. Supongo que el hecho de estar a pie de campo tiene mucho que ver, eso y la humedad. En fin, a lo que iba, hacia las diez he salido del Pensamiento Salvaje para ir a ver a mi casera la señora Mathilde y preguntarle si había alguna forma de llegar a la ciudad para llenar la despensa, ella ha puesto cara de sorpresa, Eh, bah, no sé nada; no tenía ni idea de si había algún autobús que parase en el pueblo. (Hoy he descubierto que de buena mañana podría coger el autobús del colegio y el instituto, pero me van a tomar por un sátiro y además, como sale tan pronto, me iba a tocar esperarme dos horas a que abrieran el supermercado, a tener en cuenta para el capítulo *Transporte*.) Lo que ella me ha aconsejado, así directamente, es que me compre un coche. Que en La Pierre-Saint-Christophe no hay más que un café con productos de primera necesidad, es decir, anzuelos, cigarrillos y permisos de pesca. Pero vaya, al final no voy a tener que pescar el almuerzo yo mismo: la señora Mathilde (más bien su marido, Gary, ansioso por entrevistarlo) ha tenido la amabilidad de prestarme un viejo ciclomotor, propiedad de uno de sus hijos (a tener en cuenta para el capítulo *Transporte*) y un viejo casco negro sin visera con la espuma hecha trizas y unas cuantas pegatinas vintage (una rana sacando la lengua, el logo de AC/DC). Así que ya dispongo de un medio de locomoción, bastante precario pero eficaz.

Hacia el mediodía he ido al supermercado en la capital de cantón, Coulonges-sur-l'Autize (bonito nombre), he comprado un montón de cosas sin darme cuenta de que llevarlo todo en el ciclomotor no iba a ser tarea fácil: latas de atún, sardinas, pizzas congeladas, café y algo dulce (chocolate). Para llegar a la ciudad hay que serpentear un buen rato por la carretera comarcal y cruzar un río bastante ancho. (¿El Autize?) Un mercado, una oficina de correos, una iglesia, un pequeño castillo, dos panaderías, varias farmacias, una tienda de ropa, tres cafés, el recorrido completo es bastante rápido. He comprado el periódico, para dar el pego en el Bar Deportivo, y me he tomado un té mientras escuchaba las conversaciones, una forma como cualquier otra de establecer contacto con el lugar. El jerga local (el poitevin-santongés, según la denominación lingüística oficial, no sea que alguien se ofenda) está en franco retroceso (pero no saquemos conclusiones precipitadas: capítulo *Idiomas*, bonito título). En el mercado espero tener más suerte. Después del té he regresado al Pensamiento Salvaje; en una curva he estado a punto de tener un accidente con la moto por culpa de un perro y de acabar contra un murete (he aquí una frase que nunca pensé que escribiría), pero afortunadamente, casi de milagro, la he logrado enderezar a tiempo. Luego he retomado mi plan de trabajo. Seiscientos cuarenta y nueve habitantes en La Pierre-Saint-Christophe según el último censo y el Ayuntamiento. Doscientos ochenta y cuatro hogares, como dirían los antiguos. Según la Wikipedia y la web del Ayuntamiento, el gentilicio es petrochristoforiano. Queridas petrochristoforianas, queridos petrochristoforianos, he decidido (capítulo *Preguntas*) llevar a cabo un centenar de entrevistas entre vosotros, eligiendo a mis fuentes con vistas a que, al final, haya el mismo número de personas de cada género y grupo de edad. Empíricamente me parece una buena idea. Un año de trabajo, dividido en dos campañas de seis meses. Genial. Me siento lleno de energía. He echado un vistazo al borrador de mi

artículo para *Ruralidades vivientes* y de golpe y porrazo me ha venido una primera intuición. Está claro, en el campo trabajo bien.

12 de diciembre, continuación

Son las dos de la mañana, el silencio y la soledad me angustian, imposible dormir. Oigo bichos y tengo la sensación de que se me van a echar encima en plena noche. Demasiado tarde para volver a llamar a Lara (cuando le he dicho que en adelante mis aposentos se iban a llamar *El Pensamiento Salvaje* se ha reído), en el chat no hay nadie en línea. Además, para leer no dispongo más que de *Los argonautas del Pacífico Occidental*, el *Diario* de Malinowski y *Noventa y tres* de Victor Hugo, para pasar el rato no es precisamente lo más adecuado. (¿Por qué me he traído *Noventa y tres*? Sin duda porque tenía la vaga impresión de que pasaba por aquí.) Tengo un poco de frío, mañana me va a tocar ir a hablar con Mathilde para que me preste una estufa. ¿Y ahora? A jugar al Tetris, eso me relajará.

13 de diciembre

Radio: la previsión del tiempo, se acerca la Navidad, etc. Lluvia glacial, moto imposible. Comprar anorak, importante. Primeras localizaciones en el pueblo. He descubierto que al final del campo, delante de mi *Pensamiento Salvaje*, detrás de los árboles (¿chopos?), un poco más abajo, fluye un río. Mi casera me ha enseñado la iglesia. La llave es impresionante, por lo menos dos kilos de hierro forjado. La iglesia en sí, ya no tanto. Decoración pobre, bastante banal. Bonita, en cualquier caso. Enterado de algo divertido:

el alcalde es también el enterrador, o al revés. Leído un excelente artículo en internet sobre el inventor ruso del Tetris. Un genio, ese tipo. Habría que darle el Nobel, al parecer todavía no se lo han concedido.

Sin novedad en el frente.

14 de diciembre

Bien dormido. El gato ha vuelto a depositar un sapo muerto delante de mi puerta, amable ofrenda, puaj. *Gallia est omnis divisa in partes tres*, decía César de la Galia, y este pueblucho es igual. He dividido el plano catastral en tres zonas, el lado del café, el lado de la iglesia, y la urbanización. En el centro densidad de población más bien intensa, alrededor de la iglesia granjas más alejadas las unas de las otras, y en la urbanización chalets recientes. No parece descabellado apuntar que los habitantes de la urbanización Les Bornes son rurbanos que trabajan en la ciudad. (A tener en cuenta para el capítulo *Obrar*, buen título.) He decidido que el día 23 volveré a París para las fiestas, me quedan diez días de curro antes de la tregua. Primera entrevista, Mathilde, como la tengo por así decir a mano es la más fácil, eso me permitirá poner a prueba mi cuestionario, luego podré afinarlo para los siguientes. Le he explicado por qué estaba aquí, por qué iba a pasar un año en este pueblo, se ha quedado sorprendida. ¿Va usted a estudiarnos, es eso?, me ha dicho. Yo he respondido Eh, no solo a ustedes, lo cual no ha sido muy hábil por mi parte. Así que he añadido El objetivo de mi tesis es comprender lo que significa hoy en día vivir en el campo, una síntesis que me ha parecido fulgurante (a tener en cuenta para el capítulo *Preguntas*). Que la única forma de formular los objetivos es en contacto con la realidad. Ella se ha quedado más tranquila, creo. Sea como fuere, tenemos una cita para mañana por la mañana.

Pero al tema, tengo que reunirme con el alcalde en el café-pesca para que me presente al dueño y a sus parroquianos. A primera vista, el edil se toma muy en serio su tarea. Cuando se ha enterado de que venía de la Sorbona (un poco sí es verdad), ha querido hacerme de cicerone en el pueblo. Su pregunta es «¿Por qué nosotros?», «¿Por qué aquí?». No puedo explicarle la suerte que he tenido con la subvención del Consejo Departamental de Deux-Sèvres, sería un poco humillante (tampoco puedo decirle que el nombre del pueblo me resultó muy divertido y que es lo suficientemente remoto como para parecerme interesante), así que le respondo que el lugar lo eligió mi director de tesis el famoso profesor Yves Calvet, eso queda más serio, como si el dedo de Dios (de la universidad, en este caso) hubiera señalado su campaña, así se sienten valorados, y eso me viene bien. Me pregunto qué diría Calvet si lo supiera. Muy probablemente le importaría un bledo. Bueno, me largo, llego tarde.

14 de diciembre, continuación

Ya está, conseguido, me han introducido en el lugar de socialización por excelencia de este burgo, el centro real del pueblo, el café-pesca casa Thomas. Y así es, venden cigarrillos, artículos diversos para la pesca, latas de conserva, leche y otras bebidas, algunos periódicos y revistas. Thomas el dueño tiene unos sesenta años y un sobrepeso considerable. Mesas de formica rojo pálido, vieja barra del mismo material, sillas con patas metálicas. Tele. Fuerte olor a vino, anís y tabaco frío, lo que me lleva a postular que el respeto de la legislación sobre el tabaco en lugares públicos aquí no es una prioridad. (El campo es rebelde, primer indicio.) Cuatro hombres jugando a las cartas, dos en la barra, ni una mujer. Vinos blancos con cassis, cañas, RicardTM. Me ha

costado horrores rechazar la ronda, he acabado tomándome una Orangina® que tenía toda la pulpa pegada al fondo de la botella y los bordes de la chapa oxidados, lo que me lleva a pensar que aquí, aparte de las cañas, no beben mucha bebida gaseosa. Quizá debería haber aceptado un kir o algo así, pero tenía que mantener mis facultades para trabajar un poco.

Le estoy empezando a encontrar el gusto a este diario, es divertido, un poco como hablar con alguien. Se me hace que con la gente de aquí no soy yo mismo, tengo la sensación de estar interpretando un papel. El observador tratando de domesticar un ambiente hostil. Camino sobre huevos. Quizá soy demasiado cauteloso. (¿Capítulo Preguntas?) A pesar de su profesión tan poco jovial, el alcalde es un cachondo. Thomas el del bar me ha dicho: Bastaría con que te quedaras aquí una semana sin moverte y te irías encontrando con todo el pueblo.

Una semana bebiendo Orangina® caducada y me sale una úlcera, he pensado yo. Justo entonces, como para darle la razón al dueño, ha entrado en el bar una joven. Un poco mayor que yo, alrededor de treinta y cinco años diría, pinta de jipi-campestre (yo ya me entiendo), no precisamente sonriente, ni siquiera me ha dirigido una mirada, se ha plantado frente a la barra y se ha puesto a gritar, una historia de verduras y de pagos que no he entendido. Thomas el dueño le ha respondido con el mismo tono, Nada de eso, no te debo nada, han empezado a insultarse, el alcalde ha intervenido diciendo Calma, calma, luego la fiera se ha largado dando un portazo, lo cual ha provocado un suspiro de alivio en el alcalde y el dueño, un suspiro seguido de una serie de comentarios despectivos pero aparentemente justificados.

—Cada vez está más loca.

Yo he preguntado de quién se trataba, pero como si lloviera.

—Una pirada —ha dicho el dueño.